

CELCIT. Dramática Latinoamericana 525

1975

Sandra Massera (Uruguay)

PERSONAJES:

TERESA

El espacio escénico es una casa antigua, casi vacía, con el suelo cubierto de innumerables trozos de papeles escritos. Dos sillones están cubiertos con una tela blanca. Música. Desde un salón una mujer que puede parecer de sesenta años avanza con un cuaderno y un lápiz en las manos. Tiene puesto un vestido oscuro, de aspecto común. La mujer se detiene, mira a su alrededor.

TERESA

18 de abril ...

(La fecha deberá ser siempre la del día de la función. Teresa busca con la mirada una hoja en blanco, se arrodilla, apoya el cuaderno en el suelo y escribe en la hoja. La música va desapareciendo suavemente)

Montevideo, 18 de abril de 2015. Alberto: hoy fue un día cansador. Sigo vaciando la casa. Estoy ordenando las cartas y los papeles. Tantos papeles... Y entre todo el lío de cosas encontré mi cuaderno de la época que te fuiste.

(Mira el cuaderno, que sigue en el suelo)

Era el cuaderno de geografía del liceo, pero me sobraron muchas páginas y empecé a anotar cosas.

(Se pone de pie y abre el cuaderno en la última página)

Las anotaciones siguen hasta 1990, cada vez más espaciadas.

(Mira a Alberto, como si estuviera allí)

La última es del 25 de diciembre del 90. Ese día escribí que Matías, en el momento del brindis de la noche anterior, a las doce, había preguntado por vos. Simplemente dijo: ¿y el tío Alberto? Ahí tenía tres años. Fue la primera vez que preguntó.

(Teresa quiebra el cuerpo en una actitud no cotidiana. Es el cuerpo poético, de la evocación)

Burbujas de gas atrapadas en el fondo de un pantano. Cada recuerdo una burbuja. Explotan de golpe y entran en la conciencia.

El color de los pantalones de aquel hombre en la playa. ¿Por qué no puedo decidir de qué color eran? Lo veo y no lo veo, intermitentemente.

(Comienza a avanzar hacia el público, pasa la página del cuaderno. Sigue hablándole a Alberto)

Otra anotación del cuaderno. Principios de diciembre del 84, pocos días antes de que Daniel y yo nos casáramos.

(Música. Desliza el cuaderno hacia adelante en el suelo, se quita el vestido y los zapatos. Se pone otros zapatos que encuentra entre las cartas y se peina. Debajo del primer vestido tiene otro atuendo, más formal, de color claro. Toma la actitud de una mujer más joven y ahora parece tener alrededor de treinta años. Mira desde arriba al cuaderno que sigue en el suelo. Lo señala)

Mirá las cosas que ponía: yo estaba con mi amiga Virginia, la gordita, ¿te acordás?, la que te gustaba en el liceo. Le pedí que me acompañara a elegir el maquillaje para el día del casamiento.

(Levanta el cuaderno y lee)

Sábado, 8 de diciembre de 1984. Ayer fui con Virginia a elegir maquillaje para la ceremonia del civil. Y para todo, porque en realidad me caso solo por civil, Alberto, te podrás imaginar.

(Mira a Alberto)

Estábamos en una tienda de Dieciocho y Minas y yo estaba eligiendo lápiz de labios para el casamiento. Ninguno me conformaba. Me puse a pensar en combinar más de un color. Estaba muy concentrada en eso cuando comienza a oírse un ruido atronador de camiones que pasaban por Dieciocho de Julio llenos de gente gritando. La vendedora, una mujer joven, comentó: "Se va a poner difícil la cosa si no los liberan ya". Y Virginia, contagiada de fervor político, me increpó impaciente: "¿y...no te decidiste?". La quedé mirando desconcertada. "No sé cuál llevar, ayudame a elegir". "Ay no sé, llevá cualquiera". Y me miró con reprobación. Me sentí muy estúpida. Yo eligiendo lápiz de labios mientras seguían pasando cosas ahí afuera.

(Mira hacia el público)

Claro, justo en ese momento... La mirada de Virginia me estaba diciendo eso. Justo yo, no debería... justo yo. Estar perdiendo el tiempo en algo tan banal, tan nada de nada como un lápiz de labios. Me sentí culpable, otra vez. Pero también tuve rabia.

(Se mancha el dedo con pintura roja escondida en una página del cuaderno. Mira a Alberto)

Tenía derecho, después de todo. Tenía derecho a un instante de frivolidad, a un momento de coquetería irresponsable. Tenía derecho.

(Muestra el cuaderno abierto, que tiene una mancha de pintura roja en el centro de la página. Se pinta los labios. Un instante después se acurruca en un rincón y lee en susurros, como para sí misma)

Marzo de 1983, martes, creo. Estoy triste. Vuelvo a acordarme de ti, Alberto, y de la noche de Reyes, aquella tan lejana ¿te acordás? Cuando tuve tanto miedo y te pregunté si habías sentido a los camellos comer y tomar lo que mamá les había dejado en el piso. ¿Por qué recuerdo tanto aquella noche? No sé... los recuerdos tienen sus caprichos, Alberto. Te quiero, Teresa.

(Se incorpora, cantando una estrofa de canción de juego infantil)

¡Dos y dos son cuatro, cuatro y dos son seis, seis y dos son ocho y ocho dieciséis, y ocho veinticuatro y ocho treinta y...

(Busca otra página, mira a Alberto)

Otra carta, o como quieras llamarle, más temprana todavía, de abril del 81.

Una noche difícil. Fue en esos días en que papá agonizaba. Nunca les conté. Una tarde se quedó solo conmigo. Cuando uno imagina la agonía de alguien se le representa una cama, el llamado lecho de muerte, y las tan repetidas escenas de las películas en las que el enfermo extiende su mano a alguien y le hace prometer algo, le pide perdón por algo o le revela un secreto terrible.

(Avanza hacia los sillones. Se sienta en uno de ellos)

Pero eso es en las películas. Papá no estaba en una cama ni me pidió nada, ni me hizo prometer nada. Estábamos sentados uno frente al otro, justo aquí. Anocheceía. Estuvimos charlando mucho tiempo de banalidades, como para engañar al tiempo y hacernos los zonzos con la muerte. Él estaba con su camisa celeste y los pantalones de vestir grises de siempre.

(Mira el sillón vacío de al lado, como si el padre estuviera sentado allí)

Parecía el de siempre, sólo que un poco más delgado. Hubo un momento en que los dos hicimos silencio. Ninguno se preocupó por tratar de llenar ese silencio, que se instaló suavemente entre nosotros, como posándose entre los dos sillones. De pronto él me miró y por primera vez en su vida... por primera vez, Alberto, le oí decir: "tengo miedo". Nos miramos otra vez en silencio. No recuerdo otro momento en el que hubiéramos estado tan unidos. Sólo pude decirle: "todos tenemos miedo, papá".

(Extiende el brazo. Parece tocar la mano del padre)

Y los dos supimos que ese miedo que nos confesamos no era porque se acercaba su muerte.

(Abre el cuaderno y lee en susurros, encogiéndose el cuerpo)

11 de abril de 1981. Ayer pasó algo... Sabés que papá está muy enfermo, Alberto. Lo que más me duele es que no pueda verte, ni vos a él. Pero te tiene siempre presente. ¿Sabés qué me dijo? Me dijo: "Tengo miedo". Pero los dos supimos que no era por morirse el miedo. Era por vos, por mamá, por mí, por todos, por esta familia rota, por...

(Se interrumpe, se levanta. Foto no cotidiana al lado del sillón. Momento del cuerpo poético)

¿Por qué papá no dijo nada en ese momento? ¿Hubiera sido mejor que dijera algo para que todo resultara más concreto y razonable? Pero claro, no había nada concreto. Mucho menos razonable.

(Música. Posa para fotos de familia imaginarias, de pie detrás de cada uno de los sillones)

Las imágenes se nos escapan como humo. Cada día que pasa los recuerdos se deslizan hacia una especie de niebla fría. El álbum de fotos, por ejemplo, parecía una parodia de la realidad. No quisimos volver a mirarlo. Papá no volvió a mirarlo nunca.

(Música. Muestra fotos de los años setenta pegadas en el cuaderno. Luego se da vuelta, gira sobre sí misma. Camina para atrás mientras habla)

16 de agosto de mil novecientos setenta y... ¡Otra vez!

Quiebre abrupto de actitud. Murmura enojada mientras se mira una uña quebrada, llega a la baranda de la escalera, apoya allí el cuaderno, y se va quitando el segundo atuendo hasta quedar con el tercer vestuario: un vestido verde y zapatos rojos de jovencita de diecisiete años en los años 70. Cambia el peinado. Se mueve y habla como una adolescente enojada.

Ahora no me puedo volver a pintar. Siempre lo mismo, cada vez que me tengo que ir, ah... y encima me manché toda. ¡Qué genial!... el agua Jane se la voy a hacer usar a él la próxima vez. A ver qué hace si le queda una manchita así... Otra vez voy a llegar tarde, las chiquilinas me van a matar...

(Mira enojada hacia arriba y grita en dirección al dormitorio de Alberto)

¡Alberto! ¿viste como dejaste la cocina? ¡La próxima limpiás vos, mijito! Ya estaba vestida para salir... ¡Sabés que la manija se zafa!... Ah... ¿y querés que cuando vuelvan mamá y papá se encuentren con el charco en el piso? ¡Me voy, cerrá vos!

(Va hacia la escalera de salida pero se detiene de golpe, de espaldas al público, gira la cabeza y habla. Lentamente va a ir girando el cuerpo de nuevo hacia el público)

Sueño todas las noches el mismo sueño. Pero no es exactamente el mismo. Eso creo cuando estoy soñando. Cuando despierto recuerdo todo perfectamente y me doy cuenta de que cada vez hay algo distinto. Algunas veces el hombre tiene los pantalones oscuros, aunque nunca puedo definir exactamente el color, otras veces está desnudo. Yo lo veo desde una duna desmesuradamente alta. Estoy con Daniel. Pero la otra noche soñé que estaba sola y que no era el amanecer sino la puesta de sol. Lo supe porque el sol estaba a la misma altura, pero del otro lado del horizonte. Eso me pareció un buen augurio. Lo confirmé cuando extendí una pierna para dar un paso hacia la orilla del mar y enseguida llegué, como si la duna no fuera más que un puñado de arena que yo podía atravesar con mis botas de siete leguas. El estaba completamente vestido y seco, sin las repugnantes algas, acostado de espaldas a la duna.

(Entra en fade una música suave y amenazante. Avanza lentamente hacia el público)

Parecía haberse quedado dormido mirando el mar. Seguí acercándome, pero cuando estaba a punto de llamarlo, un tirón de angustia me detuvo: ví que tenía una mano apoyada sobre la arena en una postura imposible. Aún así intenté llamarlo pero no me salía la voz.

(Se detiene. Gesticula el nombre de Alberto en una mueca muda)

Estaba dando alaridos que rebotaban adentro de mi cráneo. Lo único que podía hacer era seguir avanzando hacia él. Ya estaba a dos o tres pasos cuando lo que ví me alcanzó para darme cuenta, con la certeza de un fogonazo explotando en mi cerebro, que la situación era la misma de siempre. Con la garganta dolorida y temblando de frío, desperté.

(Se detiene la música abruptamente.)

Un instante de quietud, luego va hacia el cuaderno, lo abre, se sienta en la escalera y escribe)

16 de agosto de 1978. Alberto, anoche soñé con vos. Era un sueño extraño, pero sé que eras vos. No te vi la cara, nunca te veo la cara cuando sueño contigo, por más que me esfuerzo.

(Arranca una hoja del cuaderno, se mancha el dedo con pintura negra de un borde del cuaderno y le pinta a la hoja unas cuencas negras a modo de ojos. Se incorpora, colocando la hoja sobre su cara, modelando una máscara. Respira agitadamente por la boca y luego rompe el papel en la parte de la boca y habla)

¿Por qué no te sueño con rostro? ¿Sos anónimo ahora? ¿Te borró la cara el mar? ¿Tendré que aceptar que un mar desconocido, unas algas de porquería te borraron la cara?

(Se quita la máscara de la cara, la mira frente a frente y le habla)

Pero no es justo que tu cara no se me aparezca a mí en los sueños. En los recuerdos casi tampoco. Para verte tengo que ir a las fotos, pero hasta las fotos están borrosas y desleídas, y se están poniendo verdosas o rojizas.

(Baja el brazo que sostenía la máscara de papel, en un balanceo casi imperceptible, como un péndulo inconsciente)

Invierno del 76. Hoy papá trajo leña y prendió la estufa. Mamá todavía no llegó. Ahora casi nunca está en casa. Prefiere aturdirse todo el día en el cine con las amigas. No hablo más con nadie y por supuesto dejé de ir a las reuniones. Estoy harta de las discusiones y las preguntas.

(Empieza a arrugar la máscara poco a poco en su mano, con gran tensión)

Y sobre todo tengo miedo. Vinieron a la Facultad a preguntar.

(Se prende una luz blanca como de interrogatorio)

Vos sabes que tenés que avisar si se contacta ¿no?

(Mira a la máscara arrugada, deja que el bollo que formó se expanda. Enseguida avanza como andando sobre una cuerda floja, haciendo equilibrio, a lo largo de un corredor de luz hiriente)

No sé de qué me hablan.

(Se interrumpe y gira bruscamente la cabeza hacia el público)

Vos quedate molde y nos avisás lo que sepas ¿entendés? Sí.

(Otra foto, mirando hacia el suelo)

¿Pero entendés no? Lo mejor que podés hacer es venir y nos decís ¿estamos? Sí, claro.

(Otra foto, estirando la cabeza hacia atrás como si le tiraran los pelo)

Y ni una palabra a tus viejos ¿oíste? ¡No! ¡Sí!

(Música amenazante. Recorre el corredor de luz intentando ocultar el rostro, como si una fuerza invisible la empujara. De pronto cesa la música y ella se detiene y gira el cuerpo hacia el imaginario Alberto)

Jamás llegó una sola noticia tuya de Buenos Aires. Abuela te buscó como loca. Preguntó a todo el mundo.

(Abre la mano que sostenía la máscara y la deja caer al suelo)

Abril del 75, 1975. Me preguntan.

(Comienza a recorrer un pasillo y habitaciones de la casa mientras habla. A veces desaparece por unos instantes de la vista del público)

No sé por qué me preguntan a mí. En casa no quedó nada. Te llevaste todo. No encontraron nada. A papá lo estuvieron interrogando un día entero. Pobre papá, qué iba a decir él...

Habrán pensado que porque es escritor tendría que saber. Es peligroso ser escritor, dice papá. Suena peligroso. El escritor piensa. Yo no creo eso.

Yo no escribo más que notas en mi cuaderno de geografía pero igual pienso.

Pienso mucho, pienso día y noche. Me encerré en mi cuarto y pasé tres días sin salir. Pensando. Qué iba a decir. Qué iba a hacer.

Le escribimos varias cartas a la abuela y nos contestó que todavía no sabía nada de vos. Que no iba a parar de buscarte. Ya hace un mes que te fuiste. No nos animamos a volver a llamarla.

(Se detiene frente a un montón de hojas de papel)

Marzo, 13 de marzo. Ese mismo año 1975. Escribí esa página, sabés, creo que para ahuyentar el miedo. Escribí sobre algo que ví, con mis palabras de aquel momento.

(Mientras habla, recoge las hojas de cartas del suelo y comienza a romperlas lentamente y a enredarlas en sus manos)

Habían pasado diez días desde que te habías tomado el barco. No había celulares. En esa época diez días no eran gran motivo de alarma, pero yo me acuerdo que me sentía rara. Además, era la primera vez que Daniel y yo nos íbamos juntos. Habíamos instalado una carpa en un bosque de La Floresta, casi en la playa. Esa mañana salimos a caminar muy temprano. Hacía frío. Íbamos abrazados. De golpe, a la vuelta de un médano vimos un cadáver en la orilla. Lo vimos desde lejos rodar empujado por las olas. Quedamos petrificados, a unos veinte metros de esa cosa. Era un hombre y tenía pantalones oscuros. Estaba muy hinchado, y lo más horrible de todo era que no parecía tener cara. Era como un muñeco inflable sin cara. Le salían largas ristras de algas y basura de las manos y los pies. Parecían las cuerdas que un titiritero perverso le hubiera atado en el momento de morir. Cuerdas que se soltaron de la parrilla del escenario de la muerte, el escenario del último día. La explosión provocada por el reventón lo trajo hasta nosotros remontando el mar y ahora esas cuerdas viboreaban por la arena mojada convertidas en porquería salada. La imagen atroz de una hipertrofiada marioneta de hilos. Eso lo pienso ahora, claro. La imagen la fui armando en mi mente mucho después. Un cuerpo de color no humano, un muñeco enorme mezclado con la niebla y el vapor gris del agua.

Enseguida llegaron dos policías. No nos vieron. O no les importó que dos chiquilines miraran eso con cara de pánico. Uno de ellos se fue de inmediato. El otro infeliz se quedó custodiando al muerto, reteniéndolo con un palo para que no lo arrastrara la corriente. Nos fuimos corriendo.

(Se quita con asco y miedo las hojas de las manos.)

Queda de espaldas al público y habla con entonación de periodista de informativo.

Al otro día la prensa daba la noticia de otro cuerpo no identificado y con signos de violencia aparecido en la costa del Departamento de Canelones.

(Gira el cuerpo hacia el público)

La anotación del cuaderno termina de golpe: "están encontrando cada dos por tres un muerto en la playa. No se sabe quiénes son. Alberto: hace dos días que mamá no duerme. Escribí pronto".

(Comienza a subir con ímpetu la escalera mientras habla)

Solo a mí se me ocurre irme con Daniel a acampar, justo en ese momento. Pero era la única manera de escapar, de no ver la desesperación de papá, la locura de mamá.

(Se pasea inquieta de un lado a otro del descanso de la escalera)

En tu casa no lo podemos hacer, dijo Daniel. En la mía menos. Mi vieja está siempre entrando y saliendo del cuarto. Vámonos a una playa, tengo una carpa chica. Pero si vuelve justo ahora, le dije. Si llega, mejor, cuando vuelvas te enterás. ¿hasta cuándo vamos a esperar?

(Se detiene)

Tenés razón, le dije. Yo tengo derecho, pensé. Los otros que hagan lo que quieran. Este es el momento de irme con Daniel, no me voy a sentir culpable, no tengo la culpa de nada. Quiero acostarme con Daniel, en una carpa de lona sin piso.

Ponemos otra lona en el suelo sobre la arena y unas camperas y digo que me voy con Alicia a La Paloma y mentira le aviso para que no me descubra aunque sea dos o tres días llevo algodón por las dudas y ya empecé hace un mes con las pastillas como me dijo la ginecóloga así que está todo bien tengo derecho no se van a enterar son cosas mías una garrafitita chica para calentar la leche, café, azúcar, fideos y arroz, cuarenta pesos y quince Daniel pobre ahorró dos meses para comprar los pasajes nos encontramos en el Control y tomamos el que diga Atlántida y después hacemos dedo es cerca no pesa nada la carpa vos llevás el sobre de dormir cabemos los dos vas a ver qué divino si me preguntan a mí digo que voy a lo del Lole que los padres se fueron de viaje y todo va a salir genial ya tengo los horarios sale uno tres menos cuarto y el siguiente a las cinco por si lo perdemos pero mejor no llegar de noche para armar la carpa anunciaron que va a estar lindo lluvias solo en el litoral no boluda esto es el este vamos al este va a estar tranquilo fuera de temporada.

Pausa

¡Claro! ¡Antes que empiecen las clases!

Música de rock.

No me presento a matemáticas que me importa y vos te reunís a la vuelta que estudien solas igual siempre sos vos la que consigue los apuntes vas a ver va a ser perfecto es ahora o nunca mi amor, después no, para qué esperar quien te metió en la cabeza eso de esperar dale si vos también querés te imaginás tres días solos, nos olvidamos de todo, de todo de todo de todo de todo...

*(Se vuelca sobre el balcón de la escalera, la música se detiene de golpe.
Pausa)*

y cuando vuelvas, va a estar tu hermano.

(Pausa. Se incorpora. Mira al público)

Febrero de 1975. Hoy entré al cuarto de Alberto para hacerle una consulta de química y me preguntó si me gustaba Daniel.

(Sigue subiendo la escalera como si estuviera viendo a Alberto en una habitación del piso de arriba. Le habla desde afuera de la habitación)

Qué te importa, le dije, son cosas mías. Ta bueno, me cae bien el loco che era por saber no más. Metete en lo tuyo... qué hacés por qué guardás todo eso. Me voy, me dijo. Adónde. A lo de la abue, a Buenos Aires. Por qué. No te preocupes, cuanto menos sepas mejor. Cuánto menos sepa de qué. Nada vos sos chica no te metas que es mejor para todos. Que te recontra no soy nada chica a mí me decís. ¿Es por eso de la militancia no? ¿Cuánto tiempo te vas? Poco, quedate tranquila.

(Vuelve a bajar la escalera, como si estuviera siguiendo a Alberto que se está yendo, equipaje en mano)

Esperá no me vas a dejar sola con mamá y papá decime bien cuánto tiempo te vas y cuándo venís. Sos boba cómo te voy a dejar sola con esos monstruos peludos. Tarado te digo en serio te metiste hasta la manija papá me contó ahora te querés ir pero igual te pueden encontrar allá. Vuelvo pronto cuando la cosa se tranquilice te lo juro. Jurame. Ya te dije boba. Jurame de nuevo, pensando que estás jurando. Te lo juro. Llevate más ropa que no te va a alcanzar para nada con eso. No quiero cargar me compro allá. Llevate esos pantalones azul oscuro que te quedan bien. Gracias che un piropo por fin. Tenés razón, me los llevo. Y algún short. ¿Cómo los tuyos? Estos no son shorts, nenito. Son hot pants. ¡Hot pants! Ah... perdón... Y la gorra. Y los lentes de sol, fundamental. Cuidame los long play. Escondelos, mejor. Escribí cuando llegues, si podés. Si puedo. Y ustedes con Daniel si hacen algo cuidensé ¿eh? No sean locos que son unos gurises.

(Pausa. Mira al público)

Fue su consejo de adulto, primero y último. Nos abrazamos. Me dio un poco de vergüenza. La última vez que nos habíamos abrazado fuerte creo que fue una noche de Reyes cuando éramos chicos. Le habíamos pedido a mamá para

dormir acá. Yo tenía tanto miedo que los Reyes llegaran y me encontraran despierta y se fueran y no me dejaran nada que temblaba bajo las sábanas.

(Corre como una niña de seis años, se acuesta en el suelo y toma el cuaderno, tapándose hasta la mitad de la cara con él como si fuera una sábana. Mira hacia el costado)

¿Estás despierto, Alberto? ¡Alberto! Qué querés me despertaste. No me puedo dormir creo que tengo fiebre, estoy transpirando y no me animo a destaparme por si vienen los Reyes. Destapate y dormite, si vienen van a estar ocupados dejando los regalos y comiendo la fruta seca que mamá les dejó. ¿Viste si todavía está la fruta seca y el agua para los camellos? Capaz que ya vinieron. No no vinieron los hubiéramos escuchado. Si dijiste que estabas dormido. Pero vos no. Abrazame vení. Tas loca vení vos. No me animo a salir de las sábanas. Te voy a matar esperá que ya voy.

(Gira su cuerpo hasta quedar boca abajo, mirando al público)

Y vino haciéndose el enojado pero me di cuenta que le contagié el miedo y me abrazó y se quedó dormido y al rato como me molestaba lo dejé tirado en mi cama y me fui para la de él y me dormí enseguida.

(Música suave. Se incorpora, se quita los zapatos de jovencita, dejándolos uno detrás del otro como dibujando un paso de alguien que se fuera del lugar. Se desplaza descalza hasta un montoncito de cartas en el primer descanso de la escalera. Las recoge y una a una las va leyendo y dejando caer como pájaros por el aire. A medida que lee, va bajando la escalera y su tono de voz es más preocupado)

Alberto: hoy cuando nos despedimos me quedé nerviosa. Ya le escribí a la abuela ¡perdoname! Eso me tranquilizó. Le puse: “Abuelita: ¿Cómo están todos? Hoy Alberto se tomó el vapor. Llega a Buenos Aires esta noche. Él no quería que te escribiera. No le digas. Muchos besos, Teresa”.

Abuela: ¿cómo llegó Alberto? Decile que a la vuelta me traiga los bombones de menta y Anís 8 Hermanos para mamá. ¡Que no se olvide!

Abue: en cuanto sepan algo manden noticias. Desde que llamó el tío Luis papá quiere ir para allá pero mamá no quiere que se vaya él también. Igual va a ir. Cariños a todos.

Abuelita querida, ¿cómo siguen todos por allí? Aquí todos bien. A mamá le dieron el alta y ya está en casa. Gracias por todo lo que estás haciendo. Y al tío. No hay que perder las esperanzas. Contame cosas de las otras abuelas. Quiero saber. Abrazos, Teresa.

Abuelita, sigo con Daniel, claro. Pero todavía no nos vamos a casar. Papá y mamá quieren que termine de estudiar. Y como están las cosas, no los puedo contradecir. Acá cada vez que suena el timbre nos sobresaltamos. Todavía pensamos que podría ser él...

Querida abue, ¿Cómo estás? ¿el tío y los primos? Sabés... ¡empecé a trabajar! Tengo que ir vestida formal y eso me revienta un poco... ¡si me vieras!

Se vuelve a poner el vestido y los zapatos formales de la mujer de treinta años.

¡Me recibí, abuela! Geografía Humana. Es lo que enseñé en Humanidades.
¡Ayer Matías empezó la escuela!

(Mira hacia el imaginario Alberto)

No sé por qué no seguí anotando cosas después de aquel día de la pregunta de Matías en Nochebuena.

¿Porque al final me dí por vencida y me convencí de que no vas a volver? ¿o porque se me terminó el cuaderno? ¿y por qué te estoy escribiendo ahora? Cuando recién te fuiste te mandé muchas cartas. Hice muchas cosas para encontrarte. Cuando supimos que nunca llegaste a lo de la abuela, igual te seguí mandando noticias, por si acaso. Y lo sigo haciendo todavía, cada tanto. Sólo que ya no mando las cartas. Las guardo para mí. Si te escribo tengo la sensación de que te pudiera ver, aunque el recuerdo se me aparece cada vez más borroso. Ni siquiera mirando fotos puedo reconstruir tu expresión. Mucho menos tu voz. El año pasado me encontré con un amigo tuyo de la facultad. Me dijo que estaba casi seguro de que te había visto, bajando del metro en una estación de Lyon. ¿Qué va a estar haciendo Alberto en Francia le dije, estás seguro? No sé, pero me pareció que era él, estaba con un chiquilín de la mano. Varias veces ya me pasó. Me llaman y me dicen que te vieron. Yo les pregunto si están seguros, y siempre me contestan lo mismo: No sé, pero me pareció que era él.

(Música suave y melancólica. Avanza hacia donde están los zapatos rojos, se coloca delante de ellos y da un paso más, como si quisiera continuar el camino iniciado por los zapatos de la jovencita. Habla como si siguiera escribiendo cartas, aunque ahora tiene las manos vacías)

Abu querida. Espero estés mejor. La semana que viene voy a ir a verte. El divorcio bien por suerte. Daniel lo tomó muy bien, quedate tranquila.

(Se quita los zapatos de los treinta años y los deja continuando el camino. Se pone el vestido oscuro que tenía al comienzo)

¿Cómo estás abuela? Sabés que estoy pensando en vender la casa. Ahora que Matías se independizó y que mamá ya no está... ¡Quién te diga que no me vaya a vivir allá! Muchos besos a todos.

(Termina de peinarse, se pone los zapatos negros del comienzo. Recoge del suelo la máscara de papel arrugado que evoca a Alberto. La mira)

¿Te acordás Alberto una vez cuando mamá pensó que estaba embarazada? Otro hermano, dijimos. ¡Ahora vamos a ser tres!

(Vuelve al cuaderno y arranca una hoja lisa y vacía, que representa al otro hermano. Mira al público con una hoja en cada mano, como posando los tres para una foto)

Ahora vamos a ser tres... Pero fue falsa alarma. Nunca vino ese otro hermano.

No sé si son los chinos que dicen que los seres aún no concebidos están en la misma condición que los muertos. Antes y después de la vida estamos muertos. La muerte nos contiene en ambos extremos de ese hilo de la vida.

(Mira la hoja que representa al hermano no nacido y enseguida a la máscara de Alberto)

Si lo pensamos, el dolor por lo que nunca fue también puede ser desgarrador, a su manera. De una manera distinta, Alberto. Es raro de explicar.

(Recoge el cuaderno y mira hacia la silla vacía del padre)

Papá no me pidió nada ni me hizo prometer nada antes de morir. En cambio me dijo algo que me sigue dando vueltas en la cabeza. Me dijo: "Teresa, probablemente no vamos a ver más a Alberto. Pero eso no quiere decir que él no tenga la posibilidad de seguir aquí con nosotros".

Música. Comienza a alejarse, se coloca un paso adelante de los zapatos de los treinta años, como continuando sus huellas. Se detiene un momento, mirando hacia la lejanía.

Lo que me sigue molestando, lo que hasta ahora no me deja dormir tranquila, es ese persistente recuerdo del ahogado sin cara, de pantalones de un color... no sé qué... rodando por la orilla del mar aquella madrugada.

(Despega los pies del suelo lentamente y continúa el camino indicado por la posición de los otros dos pares de zapatos. La luz baja suavemente mientras la mujer desaparece perdiéndose en la penumbra. Se oye una música melancólica)

(Se va completamente la luz)

FIN

Sandra Massera

Correo electrónico: teatrodelumbral@gmail.com

Edición a cargo de Centro Latinoamericano de Creación e Investigación
Teatral CELCIT

Todos los derechos reservados Buenos Aires. (2020)

Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral CELCIT
"45 años promoviendo el teatro latinoamericano"

Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar

Correo electrónico: correo@celcit.org.ar